



## **DOMINGO DE RAMOS**

### **S. I. Catedral Primada, 29 de marzo**

Habitualmente nos hallamos en medio de trabajos, fatigas y sinsabores; pero, en términos más profundos, nos hallamos, en realidad, en espera siempre de la resurrección, es espera de la vida nueva. Y la mejor experiencia de la resurrección es crear hoy el ambiente capaz de amar, a Dios y a los demás. A ello os exhorto, hermanos, después de haber proclamado las lecturas de este domingo, sobre todo la pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Vemos, por otro lado, cómo vamos pasando de una fiesta a otra, de una celebración a otra, de una solemnidad a otra. Pero ahora, por la gracia de Dios, ha llegado la barca de la Iglesia al puerto deseado todo el año, a ese tiempo en que todo vuelve a comenzar: estamos en el inicio de la semana en que preparamos la Pascua venerable, en la que el Señor fue inmolado. Necesitamos esa Pascua, porque necesitamos alimentarnos, como de un manjar de vida, con la sangre preciosa de Cristo; porque siempre estamos sedientos de esa sangre, y sentimos un ardiente deseo del amor del Señor.

Es verdad que nuestro Salvador está siempre a disposición de los sedientos y nos dice: El que tenga sed que venga a mí y que beba. Siempre podemos acercarnos a saciar nuestra sed, pues siempre que lo pedimos se nos concede acceder al Salvador. Es más, el fruto de la fiesta de Pascua no queda limitado a un tiempo determinado, ya que sus rayos esplendorosos no conocen ocaso, sino que están siempre a punto de iluminar las mentes que así lo desean. Goza la Pascua de una virtualidad ininterrumpida para con aquellos cuya mente está iluminada y que día y noche están atentos al libro sagrado, a la Palabra de Dios, a los Sacramentos de la Iglesia, al ejercicio de la caridad.

Ahora bien, el mismo Dios Padre, que al principio instituyó para nosotros esta fiesta de Pascua, nos ha concedido poderla celebrar cada año; y el que entregó a su Hijo a la muerte por nuestra salvación nos otorga, por el mismo motivo, la celebración anual de este sagrado misterio.

Esta fiesta de Pascua nos sostiene en medio de las miserias de este mundo; y ahora es cuando Dios nos puede de nuevo comunicar la alegría de la salvación, que irradia esta fiesta de la muerte, sepultura, resurrección y ascensión a los cielos de nuestro Señor Jesucristo. En todas las partes de nuestra Iglesia nos reúne espiritualmente en una sola asamblea, haciendo que podamos todos juntos como Iglesia orar y dar gracias, como es ley en esta fiesta. Esto es lo admirable de esta festividad: que Él reúna para celebrarla a los que están lejos y junta en una misma fe a los que encuentran corporalmente separados.

Celebrems, pues, la Pascua. Confesemos nuestros pecados; dejémonos amar y acoger por Cristo Jesús; pidamos a la Virgen Santísima com-padecer con su Hijo por toda la humanidad; resucitemos a una vida eterna que ya ha comenzado y volverá a comenzar con la resurrección del Señor.

## **SANTA MISA CRISMAL**

### **S. I. Catedral Primada, 31 de marzo**

Queridos hermanos: quienes asistís a la consagración de los santos óleos en esta mañana ¿no os sentís estremecidos por la alegría pascual que esta celebración irradia? ¿No os sobrecoge la presencia del Espíritu de Dios y de Cristo? También la celebración de la Cena del Señor en la tarde del Jueves Santo comunica a este día una aureola de gloria pascual, pues anticipa de un modo peculiar la Pascua. No podemos vivir sin la Pascua, aunque, en la consagración de los óleos, la alegría quede velada por las lágrimas y la penitencia: estamos todavía en Cuaresma.

Según las fuentes litúrgicas más antigua, el crisma y el óleo de los catecúmenos son verdaderos sacramenta paschalia. De hecho, la Misa crismal antigua cantaba al santo crisma como la consumación del nuevo nacimiento, siendo así como un cristal que aprisionara la luz pascual, que brotaría luego en la consagración del crisma y la proyectaba sobre el resto de la plegaria eucarística. La Iglesia, con las palabras y ritos de la consagración de los óleos, la eficacia de su oración en “nombre de Cristo”, está profundamente convencida de que su oración opera la presencia del Espíritu. Es el *hagion myron* del que dice san Cirilo de Jerusalén, cuando explica a los neófitos los misterios en que han sido iniciados durante la noche de Pascua: “Como el pan de la Eucaristía, después de la invocación del Espíritu, ya no es simple pan, sino el cuerpo de Cristo, así también este santo *myron*, después de la consagración (*epiclesis*), ya no es simple *myron*, es decir, unguento ordinario, sino crisma de Cristo que produce el Santo Espíritu por la presencia de su Divinidad” (*Catechesis mistagógica*, 3,3).

¿Qué es este Santo Espíritu sino toda la realidad de Cristo, Dios-Hombre glorificado, y con Él toda la Trinidad? Sólo el Dios-Hombre glorificado posee la plenitud de la vida divina, inaccesible a toda criatura. Y es Cristo, la cabeza, quien derrama esa vida nueva, mediante su Espíritu, sobre la totalidad de su cuerpo redimido que somos nosotros, su Iglesia. La expresa la primera lectura: el Ungido por el Espíritu viene a darnos la buena noticia a nosotros, los afligidos, los cautivos, los que tenemos el corazón desgarrado. Es el Primogénito de entre los muertos, que nos ama, nos libra de nuestros pecados por su sangre, nos convierte en un reino y nos hace sacerdotes de Dios, su Padre. Él es el Alfa y la Omega, el que es, el que era y el que viene.

Fijemos, pues, nuestra atención en el título que el libro del Apocalipsis da a Cristo: es el “testigo fiel”. El autor sagrado entiende la vida de Jesús como dar testimonio de la verdad de Dios, por la muerte que experimentó a consecuencia del pecado de la humanidad. Al dirigirse, pues, a aquellos cristianos de Asia Menor, tan próximos a entrar en un periodo de persecución, muestra a Jesús como testigo fiel, modelo de firmeza y fidelidad a la alianza de Dios.

Pero Cristo es también “el primogénito de los muertos”, título que aparece también en Col 1,18, donde a Cristo se le declara soberano de la Iglesia en virtud de su resurrección de los muertos. Por ello, el cristiano ha de recordar que, si dar un testimonio lleva al martirio, Jesús, el mártir por excelencia, es el primogénito de los muertos. Todo esto quiere sólo estimular y sustentar a los discípulos de Cristo, y nos recuerda que Él ha recorrido antes este camino, un camino a la victoria que ha quedado abierto por medio de su muerte.

En nuestro corazón debe animar siempre ese agradecimiento a Cristo, por lo que ha hecho por cada uno de nosotros. Su amor hacia nosotros es una realidad constante, aunque en su momento se expresó en el supremo acto redentor del Calvario. Así su sangre fue el precio de la liberación de su pueblo. El interés de san Juan en este punto no está en que “nuestros pecados” hayan sido lavados, sino en que la muerte de Cristo nos libra de la servidumbre y sufrimiento que éstos acarrearán.

Así hemos nacido como reino de Dios los que somos sus seguidores. En el Sinaí, Dios había prometido que si el recién constituido pueblo judío obedecía su voz y guardaba sus mandamientos, haría de ellos un “reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex 19,5-6). La Iglesia primitiva se veía a sí misma como verdadera sucesora de Israel y heredera, por tanto, de todas las bendiciones prometidas a sus predecesores espirituales. Y, ¿pasa esto con nosotros? ¿Cómo nos situamos frente al que atravesaron? Es una pregunta para cada uno de nosotros, pero no dudemos de que “todo ojo lo verá”. “Sí. Amén”, dice el texto. Cristo no es cualquiera: es el Alfa y la Omega, es la totalidad del acontecer humano. Lo que ha llevado a cabo por nosotros Cristo Jesús es ciertamente admirable.

Pero, ¿persiste también en la Liturgia de la Iglesia, de modo que se nos hace accesible esta acción de Cristo hoy? ¿Hay conexión casual con la celebración litúrgica de la muerte y resurrección del Señor? He aquí algo fundamental, algo por otra parte inquietante si no aceptamos esta realidad de la salvación que trae Jesucristo. ¿Qué es la fe cristiana si su Liturgia no nos proporciona un encuentro con el Señor resucitado? Puro rito cansino, que no posibilita la frescura constante de la fe; algo vacío que hastía a nuestros jóvenes repletos de nuevas y constantes sensaciones; tristeza en la nostalgia de alguien grande, Jesús de Nazaret, pero difunto y a quien pudo la muerte; aceptación de que los impíos se imponen y triunfa la injusticia.

La Iglesia ha preparado con amor maternal el místico óleo de alegría para los hijos, a quienes va a dar vida en la regeneración santa. Y ahora abraza de nuevo la pasión de su Señor, para que el santo óleo esté realmente “cercano” a ella. La fuente pascual de la consagración de los santos óleos vuelve de nuevo al pozo santo de la pasión del Señor, de donde brotó el sacramento de la Pascua, la santa Iniciación cristiana, la vida nueva que todos recibimos.

Veis, queridos hermanos, que la Misa Crismal congrega a muchos presbíteros en torno al Obispo. ¿Es ésta, pues, una celebración exclusivamente presbiteral, clerical? En absoluto. En la

oración colecta no hay alusión directa al sacerdocio ministerial, sino que nos encontramos con una vibrante mención al sacerdocio universal de Cristo: lo que se subraya es la vocación cristiana de ser ungidos, como el Ungido. Afirma que el mismo Espíritu que ungió a Cristo y lo hizo Mesías y Salvador, nos conforma a nosotros como miembros de su Cuerpo y también como sus ungidos. Los cristianos, además, somos ungidos por el Espíritu para que, a imitación del Ungido, seamos testigos del proyecto salvador de Dios Padre. Es de resaltar cómo en el prefacio la Iglesia se reconoce igualmente como pueblo de sacerdotes y reyes que participa del sacerdocio real de Cristo, en virtud de la unción del Espíritu Santo.

Pero el prefacio menciona también el sacerdocio ministerial, pues el mismo Señor escoge a algunos de este pueblo para que, por la imposición de la manos, hagan presente a Cristo Cabeza y Pastor, en medio de la comunidad cristiana y renueven en su nombre el sacrificio de la redención, presidan la comunidad, la alimenten con su Palabra y fortalezcan su fe con los sacramentos. Y esto es sumamente importante para todo el Pueblo sacerdotal, pues significa que Cristo ha querido que la liberación que Él ha traído a los hombres por su muerte y resurrección, haciéndonos reyes y sacerdotes, no es posible sin su re-presentación en la Iglesia que llega a ella por el sacerdocio ministerial. Cristo es el único Sacerdote y su acción salvífica no nos llega sin esa "carne" de los que actuamos en la Iglesia "en nombre de Cristo Cabeza" de su Cuerpo.

Sublime tarea la de los sacerdotes; tremenda también. Por ello no podemos vivir sin vosotros, hermanos y hermanas, somos parte de vosotros; pertenecemos como vosotros al Pueblo sacerdotal, tenemos, como vosotros, la dignidad de los hijos de Dios, pero actuamos en nombre de Cristo, porque Él no tiene sucesores y sigue vivo; su presencia nos es vital en nuestra Iglesia, y en la humanidad redimida. Ha querido misteriosamente, después de realizar el misterio pascual, seguir siendo el Pastor y Obispo de nuestras almas de muchos modos, pero siempre en uno necesario: en la re-presentación ministerial de obispos, y presbíteros.

Conocemos nuestra debilidad; también nuestra grandeza, pero no nos sentimos lejos de vosotros y con vosotros cerca de los que sufren y desconocen al Señor y el rostro del Padre de los cielos, luz que ilumina. Con vosotros sentimos que la fe se apague entre nosotros como una llama que no encuentra ya su alimento; nos duele que no trabajemos con ahínco por hacer presente a Dios en esta sociedad toledana y abrir a sus hombres y mujeres el acceso a Dios. Él no es un Dios cualquiera, sino el Dios del Sinaí; el Dios cuyo rostro reconocemos en el amor llevado hasta el extremo en Jesucristo crucificado y resucitado. Esa es nuestra tarea común: conducir a los hombres y mujeres hacia Dios, el que habla en la Biblia; ¡Qué desastre que Dios desaparezca del horizonte de los hombres y, con el apagarse de la luz que proviene de Dios, la humanidad se vea afectada por la falta de orientación, cuyos efectos destructivos se ponen cada vez más de relieve!

Pablo VI quiso que la celebración de la Misa Crismal tuviera un especial significado para la vida espiritual de los presbíteros. ¡Somos débiles, hermanos, y necesitamos la oración, la ayuda y el amor de los demás miembros de la Iglesia! Si bien es cierto que, junto con los demás miembros de la Iglesia, los presbíteros renuevan su fe, su identidad cristiana en la Vigilia Pascual mediante la renuncia al mal y la profesión de fe, antes del inicio de las celebraciones del triduo pascual, el Obispo pide a su presbiterio, a cada uno de los presbíteros, un particular testimonio, públicamente explicitado y manifestado, de su decisión de permanecer fieles en su ministerio. Es muy determinante esa fidelidad.

Esta declaración encuentra su marco más apropiado en la Misa Crismal, dado que el ministerio presbiteral vive de y para la Eucaristía, tiene en ella su principio y finalidad. De ahí que la santificación del resto del Pueblo de Dios, y de los sacerdotes mismos, por los sacramentos es responsabilidad y función primordial, no única, para el ministerio presbiteral y episcopal. Orad, pues, por vuestros sacerdotes y por vuestro Obispo. Agradeced a Dios el don de los sacerdotes. Somos siervos inútiles pero muy útiles. Yo agradezco al Señor la vida y la persona de cada uno de los sacerdotes de Toledo y de cuantos estáis hoy aquí en la Catedral. Agradezco muy mucho la persona y la vida de Don Ángel, Obispo Auxiliar (y la de Don Ángel Obispo, emérito de Segovia). Todos sois una gracia y un don de Dios. Dios os dé fuerza y su alegría profunda en este día.

## **VIERNES SANTO**

### **S. I. Catedral Primada, 3 de abril**

Ante hechos tan sorprendentes, inesperados y dolorosos como la muerte de los pasajeros de Germanwings, abordaba un famoso columnista el problema del mal. No está mal preguntarse por algo que siempre se ha preguntado la humanidad. También nos lo preguntamos a propósito del terrorismo criminal o las masacres contra personas inocentes; menos cuando vemos el hambre

en el mundo o la injusticia y otros manejos fraudulentos de la historia o de la economía que deja tantos “descartados”. “El problema del mal es tan antiguo como la humanidad misma, decía nuestro escritor, y no tiene explicación satisfactoria, salvo puramente metafísica, es decir, poco racional, salvo aceptando que hay cosas que no sabemos por qué pasan, pero pasan” (diario El Mundo, 27.03.2015, p. 2).

Las religiones, dice también, han tratado de explicar el mal infringido a otros como un designio divino que no es comprensible por los humanos. No entro aquí en cómo es la explicación que otras religiones dan al problema de mal; pero lo que sí estoy dispuesto a afirmar razonando que no es ésta la explicación que da la fe cristiana o, por mejor decir, la revelación de Dios en la Escritura y la Tradición cristiana. Sé ciertamente que ante el dolor de los inocentes, ante el mal injustamente infligido a otros, hay quienes encuentran argumentos en contra de la existencia de Dios, como hay otros que supone un acercamiento a este mismo Dios.

¿Qué nos dice la Escritura Santa? Explica de muchos modos la existencia del pecado, el mal, la injusticia; en muchas ocasiones con medios tan vivos como hace el libro de Job, los Salmos y los lamentos de Jeremías y las explicaciones de Isaías. Pero me parece más importante en un Viernes Santo, cuando acabamos de leer la pasión según san Juan y la forma de morir Jesucristo, afirmar que Dios no hace teoría sobre el problema del mal o la maldad de hombre al hombre: nos envía a su Hijo, en carne como la nuestra. Jesús acepta la condición divina, no se queja de la incompreensión de su persona ante su forma de vida; pasa por la injusticia de un mal gobernador romano cobarde y unos miembros del Sanedrín, algunos corruptos, pero otros aduciendo la Ley/Torá para juzgar la actuación y las palabras de Cristo.

Jesucristo no da un solución teórica al mal, se enfrenta a él y sigue la verdad que propone, muere por ella; eso sí, argumentando cuando no hay razón para escandalizar a los pequeños o los pobres no son considerados; pero sobre todo diciendo que Él es Hijo del Padre y el Padre no juzga: son las acciones las que juzgan a los hombres, indicando cómo la libertad no es tal cuando no se abre a la realidad, a la trascendencia y, en definitiva, a Dios. Él no está quejándose de la vida pobre que ha elegido, ni de decir siempre la verdad de las cosas; tampoco juzga a la ligera la actuación de los hombres. No se trata de justificación; se trata de amor

## VIGILIA PASCUAL

### S. I. Catedral Primada, 4 de abril

Los cristianos hemos de imitar a Jesucristo hasta la muerte. Sí, muerte del hombre viejo y regeneración por el Bautismo a una vida nueva. Es lo que va acontecer con estos catecúmenos, que recibirán el primer sacramento de iniciación cristiana, con el cual se van a comprometer a obligar libremente a cambiar de vida. Es lo que nos sucedió a los ya bautizados. Y todo será ficticio, carente de sentido, si no participan ellos y no participamos nosotros realmente en la muerte y resurrección de Cristo: muerte al pecado y resurrección a la vida de la gracia. Por ello, ningún escenario es más adecuado para el Bautismo y los otros sacramentos pascuales que la Vigilia Pascual.

Y así, para llegar a una vida perfecta, es necesario imitar a Cristo, no sólo en los ejemplos que nos dio durante su vida, ejemplos de mansedumbre, de humildad y de paciencia, sino también en su muerte, como dice san Pablo: Muriendo su misma muerte, para alcanzar también la resurrección de entre los muertos. Pero, ¿de qué manera podremos reproducir en nosotros la muerte de Cristo? Sepultándonos con Él por el Bautismo. ¿En qué consiste este modo de sepultura, y de que nos sirve el imitarla?

Ante todo, en cortar con la la vida anterior. Y esto nadie puede conseguirlo sin aquel nacimiento de que nos habla el Señor; ya que la regeneración, como su mismo nombre indica, es el comienzo de una vida nueva. Por esto, antes de comenzar una vida nueva, es necesario poner fin a la anterior; es necesario interponer la muerte entre la primera vida y la posterior, muerte que ponga fin a los actos precedentes y da comienzo a los subsiguientes.

Y, ¿cómo podremos imitar a Cristo en su descenso a la región de los muertos? Imitando su sepultura mediante el Bautismo. Claro, hermanos, es que los cuerpos de los que son bautizados quedan, en cierto modo, sepultados bajo las aguas. Por eso el Bautismo significa el despojo de las obras de la carne; con Cristo fuisteis sepultados en el Bautismo, ya que el Bautismo purifica el alma de las manchas ocasionadas en ella por el influjo de esta vida en carne mortal, según está escrito: Lávame: quedaré más blanco que la nieve. Este es el Bautismo salvador, el que da la vida nueva de Cristo resucitado.

Lo más significativa de esta nueva vida es la alegría desbordante, porque sentimos de dónde nos ha sacado el Señor, de qué vida sin rumbo nos ha librado. También nace espontánea la acción de gracias a Jesús, porque hemos experimentado que Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos, y ese no es sino Cristo el Señor. También desde aquí se entiende que, si Cristo dio la vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Los hermanos, los demás, son ahora “prójimos”, próximos y la relación con ellos puede cambiar, pues le vemos desde el amor del Señor.

Al sentirnos amados por Jesús de esta manera, surge espontáneamente en nosotros, resucitados, amar a los demás y al mismo Cristo de la misma manera. ¿Podemos hacerlo? Sí, si al Espíritu Santo le dejamos que nos mueva y nos dé su fuerza y su capacidad. Pero esto que decimos, no debemos entenderlo como si nosotros pudiéramos igualarnos al Señor, aun en el caso de que lleguemos por Él lleguemos hasta el testimonio de nuestra sangre; Él era libre para dar su vida y libre para volverla a tomar, nosotros no vivimos todo el tiempo que queremos y morimos aunque no queramos; Él, en el momento de morir, mató en sí mismo a la muerte, nosotros somos liberados de la muerte por su muerte y resurrección.

Es mejor, por ello, escuchar lo que dice el Resucitado: Venid, los hombres y mujeres de todas las naciones, que os habéis hecho iguales en el pecado, y recibid el perdón en esta Pascua: Yo soy vuestro perdón, yo la Pascua de salvación, yo el cordero inmolado por vosotros, yo vuestra resurrección, yo vuestra luz, yo vuestra salvación, yo vuestro rey. Yo soy quien os hago subir hasta lo alto de los cielos, yo soy quien os resucitaré y os mostraré el Padre que está en los cielos, yo soy quien os resucitaré con el poder de mi diestra (cfr. Melitón de Sardes, Homilía sobre la Pascua, n.7).

Estamos persuadidos: “Cristo ha resucitado; ha resucitado verdaderamente”. Son las fiestas de Pascua. Feliz Pascua.